



Buenos Aires, Septiembre de 1968

Mi querido General:

Le mando ésta por los medios habituales, aunque con el pedido expreso de que le llegue con prontitud. Hace dos años y medio que no le escribo, la última fue después de la Conferencia Tricontinental, hacia fines de febrero de 1966. Por aquel entonces, la prensa imperialista alertaba al mundo libre sobre los peligrosos acuerdos a que se había arribado en Cuba.

Mis argumentos –como ya le dijera en otra anterior- no tenían efecto, usted ha procedido en forma muy diferente a la que yo he preconizado por años y, a veces, de manera antagónica.

Aunque usted haya sido invulnerable a mis razones, siempre se las he expuesto sin reservas, nunca me he hecho el astuto, no he disimulado propósitos ni concepciones. Y siempre le he mostrado un invariable y sincero respeto.

Usted me ha retirado de las funciones que hace unos años tuve el honor de ejercer en el movimiento, no lo he interpretado como una deslealtad de su parte sino como la confirmación de que nuestros objetivos son diferentes.

En estos largos dos años he preferido el silencio. Procuré incidir en la lucha de miles de compañeros, que desembocará en la definitiva emancipación de nuestra Patria. Si ahora rompo ese silencio es para anoticiarlo de una novedad personal y para despedirme expresándole el afecto que siempre he guardado hacia usted.

Me he pasado los últimos años de mi vida creando células de combatientes y ahora, vaya destino, muero por el crecimiento descontrolado de las células de mi propio cuerpo.

Tengo cáncer, General, tengo los días contados. No he seguido su prudente consejo de dejar de fumar y ahora pago el precio con mi vida.

Quiero decirle, General, que el mayor honor de mi vida ha sido servir en las filas del movimiento que usted y su pueblo crearan, que esto le ha dado sentido a mi existencia y me brinda un fraternal calor ahora, en el momento de mi muerte. Fue un honor que usted haya sido mi jefe, fumo un cigarrillo y bebo un buen scotch a su salud.

El fenómeno maldito del país burgués, como yo he definido al peronismo, seguirá adelante. Lamentablemente sin mí.

El movimiento está ante una encrucijada definitiva. Permítame, por última vez, General, mi antiguo jefe, que recaiga en una advertencia. El Movimiento, para no traicionar la sed de justicia y el ardor vindicativo que son su esencia, debe dar un salto hacia adelante y enfrentar su propia negación.

El socialismo es inevitable, General. Abatido por la enfermedad no veré el momento en que las masas peronistas hagan realidad el socialismo en nuestra Patria. Estas son dos verdades incontrastables, los “grasitas” harán la Revolución, yo estaré muerto.

No lo veré. Y espero que usted tampoco.

No lo tome a mal, se lo deseo como amigo y como un compañero de combate que bien lo quiere.

El pueblo argentino, liderado por su clase trabajadora se levantará contra la opresión, espero que para ese entonces usted ya sea leyenda porque recelo de lo que haga en tales circunstancias. Temo que en esa hora no pueda ser usted el líder que supo ser. Y también lo deseo como combatiente, porque los pueblos necesitan de sus mejores hombres, mientras viven por su trabajo, después, como sus símbolos. Y lo necesitarán a usted, General, como a nadie. Como símbolo de la lucha por la justicia social, como la necesitarán a Eva y al Che, a Belgrano, a Güemes y a San Martín, a los caudillos, a todos los combatientes de nuestra historia.

No nos volveremos a ver y, como usted sabe, tengo poca confianza en el más allá. Le dejo el respeto, el afecto y esto, mis mejores deseos.

Cooke

(Extraída de “La última carta” – Daniel Sorín)